



# El Eco de Cartagena

Año XXXII.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9081

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.

SABADO 6 DE FEBRERO DE 1892

## ECOS DE MADRID

5 Febrero 1892.

Vayan ustedes á saber lo que sucederá. Uno se muestra alarmado, otros parecen más alegres que de costumbre, otros en fin permanecen tranquilos como si nada hubiera sucedido; y sin embargo la guerra ha comenzado, todos los días vamos á sostener con Francia en la frontera escaramuzas y quizás batallas. Pero las armas de los combatientes son las tarifas, y los muertos y heridos de estos combates no serán más que derechos ó intereses, los derechos de la Hacienda cuando los contrabandistas los defrauden y los intereses del comercio, la industria, la agricultura cuando se vean lastimados.

Que todos disfrutemos de bienestar al mismo tiempo es cosa imposible. Con los nuevos aranceles que rigen desde 1.º del actual, los agricultores de España salen perjudicados; en cambio los agricultores franceses se pavonean de gusto. Los industriales de por allá ponen el grito en el cielo y los de acá se entregan á los más deliciosos sueños de color de rosa.

El turno es inevitable y la fortuna de los países como la de los individuos no se evapora, lo que hace es cambiar de manos. No hay mal que por bien no venga diez un antiguo y vulgarísimo refrán. Veremos si se cumple esta vez.

Por lo demás ya nos vamos acostumbrando á que las desdichas profetizadas ó encareadas no se realicen, sin perjuicio de que nos sorprendan y perjudiquen las que no se anuncian.

—¡Ah! el vino español! exclaman los franceses.

—¡Oh! los tegidos franceses! dicen las españolas.

—¡Qué primeras materias las que produce España!

—¡Qué objetos de arte tan preciosos los que ejecuta Francia!

Todo queda reducido á que aquí se beba vino bueno y barato y á aproveche la industria la protección que la dispensan para que podamos vestirnos bien y por poco dinero. Porque lo doloroso sería que el público pagase los vidrios rotos, que por lo general es lo que sucede siempre.

—¡Represalias! represalias! exclaman algunos vividores de las letras. Puesto que Francia aumenta los derechos de entrada á nuestros vinos y á nuestros corchos, denunciemos el tratado de propiedad literaria y traduzcamos sin pagar un céntimo novelas y comedias.

La lógica de este argumento es más difícil de encontrar que la pastora del acertijo.

—Puesto que el casero me ha subido el alquiler de la casa, entro en la suya y me apodero de su reloj y su portamonedas.

De esta manera racionan los que si fueran capaces de tener una idea pondrían el grito en el cielo si en cualquier país la aprovecharan.

El tratado de propiedad literaria con Francia es además de un reconocimiento mutuo de los derechos que cada autor tiene al respecto de sus producciones, una medida higiénica que por desgracia apenas surte efecto.

En todos los países hay escritores de oficio, cuya única misión es llenar papel y desempeñar las funciones de paje en el banquete de la inteligencia.

—El vino de Jerez, ha dicho con mucha razón un periódico se beberá siempre en todos los países del mundo aunque cueste lo que cueste.

Las obras de los hombres de verdadero talento se traducirán aunque haya que pagar crecidas cantidades á sus autores.

Pero con el tratado que los mercaderes desean denunciar, lo único que se consigue es anular la pro-

ducción corriente española; inundarnos de pésimas traducciones, corromper el idioma castellano, y traernos de Francia lo que los mismos franceses desprecian como miserable pacotilla.

Cuando se podían arreglar al español las comedias francesas sin pagar un céntimo á sus autores, el mismo Ventura de la Vega, aquel incomparable autor dramático que no creó de su propia cosecha más que el «Hombre de mundo», producía todos los años cuatro ó cinco traducciones.

Si le hubiera costado el dinero este trabajo, habría preferido espigar en el campo de su ingenio y tendríamos en vez de uno muchos «Hombres de mundo.»

A pesar de todo, en el teatro particularmente se «gitanea» y casi todos los días nos ofrecen obras francesas lo suficientemente desfiguradas para que la ley no se les caiga encima, verdad es, que por lo general el pueblo se encarga de vengar á la ley.

Confíemos en que la equidad se abrirá camino y en que saldremos del apuro presente como hemos salido de tantos otros.

Un ciclón causó ayer varias desgracias en Madrid. Los autores de las tres obras teatrales que se estrenaron anoche tenían que los vientos huracanados que reinaban fuera funestos á sus producciones. No fue así. En Lara obtuvo lisonjero éxito la «señal Francisca» de Miguel Echegaray; en Estava una zarzuela titulada «Los secuestradores» se apoderó del público por completo y en el Circo de París pasó una zarzuela en tres actos titulada «El diablo en el cuerpo» porque en último resultado ni siquiera diablillo es el tal diablo. «La bala de rifle» estrenada la noche anterior en la zarzuela no dió en el blanco, á pesar de que sus autores tienen por lo general una excelente puntería.

Ahora mientras en la esfera política se esperan con ansia los presupuestos, en los círculos de la gen-

te alegre se preparan las cosas para los dos bailes de máscaras que organizan el círculo de Bellas Artes y la sociedad de escultores y artistas.

Presupuestos y bailes se han de saldar de todos modos con «déficit», para los contribuyentes; aunque los últimos darán seguramente un «superavit» á las sociedades que los organizan.

El dinero resulta en nuestros tiempos muy aficionado á divertirse.

JULIO NOMBELA.

## VARIEDADES

### EFEMÉRIDES HISTÓRICAS

6 DE FEBRERO DE 1221.

Casamiento de D. Jaime el Conquistador con la princesa Doña Leonor de Castilla.

Tan prematuro fué el enlace que llevó á cabo D. Jaime I de Aragón con la princesa D.ª Leonor, hija del difunto rey de Castilla Alfonso VIII, que él mismo juzgó oportuno diferir la unión definitiva hasta el siguiente año en que cumplía los catorce de edad. Después de ser desposados en la villa de Agreda (Burgos), se dirigieron con la numerosa comitiva que les acompañaba á la catedral de Tarazona para recibir las velaciones y armarse caballero el joven monarca. Causas que la historia no revela, hicieron imposible la felicidad de los esposos hasta el punto de que D. Jaime relegó al más completo olvido á D.ª Leonor para entregarse á las caricias de otras damas, y en 1229 acabó por romper el lazo de unión; definitivamente quedó disuelto después por sentencia del Papa, fundada en el parentesco que en grado prohibido existía entre ambos consortes. Cuando de esto tuvo conocimiento Fernando III de Castilla, se creyó en

el caso de salvar los intereses de su tía, la repudiada esposa. A este fin se avistó con D. Jaime y entre ambos quedó convenido que Doña Leonor continuara poseyendo las villas de Daroca, Epila, Pina y Undacastillo, la ciudades de Barbastro, Tamarite, Montalvan y Cervera y los montes de Siurana y Prades, sitios todos que D. Jaime la había cedido en arras, y que además la hiciera donación de la villa de Arizona. Único descendiente de este matrimonio fué el infante D. Alfonso que murió en 1260.

7 DE FEBRERO DE 1324.

Conquista de las islas Córcega y Cerdeña por el infante D. Alfonso de Aragón.

Por el tratado de paz que en 1297 se celebró en Anagni, quedó obligado D. Jaime II de Aragón á restituir á la iglesia el reino de Sicilia y demás islas adyacentes, con renuncia además al derecho que sobre ellas tenía, á cambio de la donación que el Papa había de hacerle de las de Córcega y Cerdeña, aun por conquistar. A este fin salió de la corte el príncipe D. Alfonso hijo de D. Jaime, al frente de una escuadra de 70 galeras, 24 naves y más de 200 barcos, en la que iban 12.000 peones y 1500 ginetes, y á los 45 días de navegación arribó en el Golfo de las Palmas. Las ciudades de Iglesia y Caller fueron las primeras que el futuro IV Alfonso de Aragón propúsose conquistar y tanto por el valor y pericia de que dió repetidas pruebas en el sitio de aquella, cuanto por que antes de conseguir su rendición tuvo que hacer frente á otro implacable y oculto enemigo cual fué la desoladora epidemia que en breves días arrebató la vida de centenares de soldados y llegó á contagiarse, hizo digno del mando que ejerció y de la fama personificada en sus ascendientes. Sometida Iglesia y restablecida la salud de los expe-

UN DRAMA EN NAPOLÉS.

77

empieza el uno y donde acaba el otro, de modo que no es fácil apoderarse de individuos tan bien precavidos contra la justicia.

René se había quedado pensativo oyendo al Comisario.

Comprendió que la libertad de Domenico exigía cuidados minuciosos, y probablemente largos preparativos.

Rindiéndose á la evidencia, se inclinó políticamente: —No por eso dejo de ponerme á vuestra disposición, dijo, esperad el momento en que me necesitéis, y ese día me hallaré preparado á todo.

—¡Cuanto con vos.

—¡Gracias.

Madame Batr creyendo que el Comisario era un melomano, y que había cogido al vuelo algunas alusiones á los autores de ópera, supuso que la conversación había versado sobre asuntos de música y viendo llegado el momento de intervenir:

—El señor, dijo, señalando á René, es una notabilidad en el clarinete.

Y después de tan aventurada observación, se despidió con una amable sonrisa. Teresa y el Teniente, estaban más preocupados que nunca. Se separaron sin haber tomado ninguna resolución, prometiendo verse aquella misma noche, para decidir lo que debía hacerse.

Al volver á su casa, mademoiselle Batr encontró es-

78

EL ECO DE CARTAGENA.

proponíais hacerlo ahora mismo... Sabéis lo que hubierais conseguido? Haceros matar vos y vuestra gente. Porque es preciso no hacerse la ilusión de que los bandidos, no tienen respecto á nosotros tan buenas ó mejores noticias, que nosotros acerca de ellos: tratan con las autoridades de potencia á potencia, y desgraciadamente no siempre somos los mejor informados.

—Si tuviera solamente treinta bersaglieri, dijo René volviendo á su primera idea, escudriñaría la montaña de arriba abajo.

—Qué cansado volveríais! si es que volvíais. Vaya caballero, añadió el Comisario con cierto aire burlón, sin duda creéis que nuestros bandidos de hoy son tenores de pabello rizado, con la escopeta en bandolera y sombrero de candiles? No; los ladrones modernos no se reconocen por su traje pintoresco, y os aseguro que no captan cavatinas con acompañamiento de orquesta. Salvator Rosa! ¡Gif Blas! ya veo que tenéis la imaginación llena de sus recuerdos. Es menester que os desengañéis; las famosas cavernas en que se desentrañaba la orgía, y en donde el vino corría á oleadas, no existen más que en los cuentos de viejas. Ya no hay cavernas; el bandido napolitano, tal como lo ha hecho nuestro siglo diez y nueve, vive en casa del labriego, su amigo y sosten se declara. El mismo labriego se hace bandido en ciertas épocas del año, cuando los campos no exigen cuidados incesantes. El ladrón y el agricultor se confunden hasta tal punto, que es imposible saber donde

UN DRAMA EN NAPOLÉS.

79

puesto que vuestro amigo era víctima de alguna burla, ó bien [y esta explicación es más creíble] que M. Della Porta ha caído entre las manos de algunos audaces bandidos.

—Pero si ya no hay bandidos, objetó el parisiense: partidarios del antiguo régimen, que hacen la guerra de montaña; pero no hay desbaliadores de camino real.

—Dispensad, replicó el Comisario, existen las dos variedades; desgraciadamente tenéis ahora mismo la prueba. No quisiera asustar á estas señoras, pero temo mucho que M. Della Porta se encuentre en una mala situación, sobre todo si como presumo su vida depende de Fra Giacomo.

—Eso no puede ser, dijo M. de Maugis haciendo un nuevo gesto de incredulidad; Fra Giacomo está tan muerto como Mambrú, muerto y enterrado.

—¡Ay! no, repuso el Comisario. Aun cuando hubiese visto su cadáver, aunque lo hubiese tocado, sostendría que ese pícaro vive todavía. Nosotros conocemos bien los procedimientos de esos caballeros. Cuando se comete un crimen de una manera dada, decimos sin dudar; ha sido Scaparoni, ó Bentiguisto, ó Malagrini... No nos equivocamos, como no se equivoca un catador de vinos, entre un barril de Orviato y una botella de Policella. En el caso actual reconocemos las huellas de Fra Giacomo, y ninguno de mis sabucos se extraviara siguiendo una pista diferente. Ladrones disfrazados de